



Ucrania: un puente ahora destruido

SALOMÓN
CHERTORIVSKI W.*

Una ciudad destruida. Los edificios habitacionales están destruidos. Los estadios están destruidos. Los centros comunitarios están destruidos. Y las escuelas están destruidas. Lo peor es que no quedan muchos para extrañarlos: de los 95 mil habitantes de Irpin, ciudad a 10 o a 30 kilómetros de Kiev –dependiendo de la ruta que uno siga–, el 90 por ciento tuvo que abandonarla, por fortuna, antes de que los alcanzaran los bombarderos. No fue fácil evacuarlos: previo al operativo, los propios ucranianos habían autosaboteado el puente que une Irpin con la capital, a fin de impedir que los tanques rusos avanzaran hacia ella.

Es el vicecalde de la ciudad quien nos recibe a los cuatro legisladores mexicanos que vinimos a tender puentes entre países de cara a la guerra. Nos lleva a ver las edificaciones –por llamarlas de algún modo– que han sustituido a lo que los arteos bombardeos rusos sobre población civil han destruido: grandes casas de campaña que donó el Reino Unido, estructuras modulares que aportó Polonia. Cobijan a los pocos que quedan y a quienes poco a poco comienzan a regresar a reunirse con sus familias, pero también al miedo y la incertidumbre.

Alrededor, las ruinas. Me producen un sentido de déjà vu cuyo origen tardo en detectar. Hasta que mis pasos me llevan a descubrir que lo que me recuerdan es lo visto

a lo largo de los recorridos por la Ciudad de México tras el terremoto de 2017. La diferencia –enorme– es que lo que ahí causara un desastre natural aquí lo ha producido la acción del hombre. No hay maldad –ni bondad– en la naturaleza. Sí que puede haberla –y la hay– entre los humanos.

Maldad es atacar edificios civiles. Maldad es dejar un saldo de más de 400 niños y niñas fallecidos. Y maldad es que el Ejército ruso –el segundo más grande del mundo– invada pueblos y se robe los televisores de plasma y las secadoras, que viole a las mujeres, táctica de desmoralización, y de destrucción física y psicológica, de un Ejército rapaz.

Vladimir Putin es un dictador con capacidad nuclear, y uno que transgrede el orden internacional. Tras la independencia de Ucrania respecto a Rusia en 1991, ambas partes signaron un convenio en que la primera entregaba sus armas nucleares y la segunda se comprometía a nunca agredirla. La acción unilateral de Putin viola ese acuerdo; con ello, la gobernanza internacional se ve rota.

Putin quiso conquistar Ucrania. A cuatro meses de la invasión, su empresa imperialista parece llamada al fracaso ante la falta no sólo de lógica y de legalidad, sino de técnica, estrategia e inteligencia. Su eventual fracaso no borra, sin embargo, las imágenes de esos edificios. Ni la memoria de quienes ya no los habitan.

*Diputado
de Movimiento Ciudadano



El Alcalde de Kiev, Vitaliy Klychko, recibió ayer a una comitiva de cuatro legisladores mexicanos.